

# **Servicios bibliotecarios y pueblos originarios**

## **Revisando conceptos, cosechando experiencias**

Edgardo Civallero

edgardocivallero@gmail.com

*Conferencia dictada en el Encuentro Nacional de Bibliotecarios de Resguardos Indígenas, en el marco del VI Congreso Nacional de Bibliotecas Públicas de Colombia (Bogotá, 20 de septiembre de 2018).*

### **Abstract**

Los servicios bibliotecarios para sociedades originarias llevan desarrollándose en América Latina al menos desde la década de los 80', en pequeñas experiencias puntuales que, hasta tiempos recientes, han sido pobremente sistematizadas y escasamente discutidas. A lo largo de su breve pero intensa historia —una historia que se ha replicado en muchos otros países del mundo, desde Canadá a Nueva Zelanda—, estos servicios se han enfrentado con una serie de encrucijadas, contradicciones y conflictos que no siempre han sabido resolver, comenzando por la controvertida etiqueta "bibliotecas indígenas" y pasando por el alcance, las categorías y las metodologías de trabajo utilizadas. La conferencia repasará el estado de la cuestión en América Latina —señalando los principales hitos de la historia de estos servicios en la región—, identificará algunos conceptos e ideas que requieren de una discusión urgente desde un marco tanto bibliotecológico como interdisciplinario, y finalmente sugerirá algunos caminos a explorar de cara al futuro.

### **Palabras claves**

Servicios bibliotecarios, pueblos originarios, sociedades indígenas, lenguas amenazadas, grupos étnicos, tradición oral, multiculturalidad, inclusión.

### **Parte 1. Una introducción**

El to futuru lo faes o te lo faen.  
[Tu futuro lo haces o te lo hacen].

Llan de Cubel. *Na llende*, 1990.

Al noreste de Argentina se extienden unas tierras ásperas, boscosas, cruzadas por ríos y por boas, que reciben un nombre de origen quechua: Chaco. Fue recién durante mi

tercera estancia allí, en el Chaco, hace más de dos décadas, cuando conocí al hombre que guardaba varias bibliotecas en su cabeza. Un hombre de una sociedad originaria llamada Qom, o "toba", que cada noche revivía un capítulo de la memoria de su pueblo para todo aquel que quisiera escucharlo. Que, generalmente, no eran más que el viento y la oscuridad.

Por aquel entonces conocí a mucha otra gente digna de admiración y de asombro: a la mujer que desafiaba a la vida cargando a la espalda una enorme familia, a la anciana que conversaba con los espíritus de los árboles, y al niño que convertía bolsas de residuos en barriletes y a los barriletes en pájaros. Maravillas humanas, cotidianas. Pero aquel hombre en particular quedó para siempre en mi recuerdo porque fue el artífice de lo que he sido desde entonces. Fue frente a él donde comenzó, sin yo siquiera saberlo, mi carrera como bibliotecario.

Durante mis dos primeras estancias en el Chaco no tuve demasiadas oportunidades para interactuar con el pueblo Qom, los habitantes originarios de aquella región. La vida me había llevado a aquel lugar por motivos que distaban años-luz de cualquier interés académico. Aun así, sabía que allí estaban: en barriadas embarradas a las afueras de la ciudad, donde pudieran ser fácilmente ocultados y olvidados. Ellos trabajaban como albañiles, basureros, jardineros y peones; ellas, como limpiadoras; todos mendigaban, revolvían la basura, e intentaban sobrevivir en los bordes de una sociedad que de ninguna manera les iba a abrir las puertas.

De ellos supe poco. Del asco que los demás sentían hacia ellos, de la incompreensión, los estereotipos, el odio y las barreras, lamentablemente, aprendí demasiado. Eran sucios, olían raro, eran brutos, tenían demasiados hijos a los que terminaban matando de hambre, eran borrachos y viciosos. Había una leyenda urbana —que recuerdo haber escuchado una noche, con varias cervezas de por medio— que los transformaba en asesinos sanguinarios y vengativos. Y eran brujos, un delito terrible en una zona en la que se teme más a la imaginaria brujería que a una muy real epidemia de dengue.

Los Qom, por su parte, tenían razones de más para desconfiar de los *daqshé*, los "blancos". No eran de gastar mucha charla con ellos —y yo estaba incluido en ese "ellos"—, ni de contar su vida, ni de dar explicaciones. De modo que, durante algún tiempo, solo pude ir sumando, una tras otra, las miradas de los de afuera, de los que habían ido llegando a esa región habitada originariamente por los Qom. La historia de un conductor de "taxi colectivo", por ejemplo, que me comentó, en uno de esos largos trayectos a través de la planicie chaqueña, que unos "tobas" a los que había llevado hasta el pueblo de Quitilipi le habían pedido que se detuviera al costado de la ruta para recoger las piedras del ripio, un elemento que no se ve muy a menudo en el monte

chaqueño, y que los Qom consideraban mágicas. O la de un amigo aficionado a la caza, que me convidó a mi primer y único guiso hecho de armadillo mientras me comentaba que los "indios" sabían dónde buscar la miel de las abejas y avispas del monte: una miel con un gusto único...

Frase tras frase, fragmento tras fragmento, fui componiendo una imagen mental que tenía un poco de realismo mágico, y un mucho de ese exotismo que parece estar en todas partes en Chaco. Y, sobre todo, y a pesar de mi juventud y mi inexperiencia, fui dándome cuenta de las muchas heridas abiertas y de otras tantas mal cerradas, de las agresiones cotidianas, de las presiones oficiales, del olvido y el silencio, de la terrible discriminación, de la negación cultural, de los abusos y los maltratos, y de los muchos prejuicios, estereotipos y preconceptos presentes en la sociedad argentina. Incluyendo el montón que había dentro de mi propia cabeza.

\* \* \*

Mi tercer viaje al Chaco fue por "trabajo", aunque por entonces yo no era más que un *amateur*. Fui a tratar de recoger tradición oral y de aprender algo sobre tradiciones musicales indígenas. Y esa vez, sí, pretendía hablar con los Qom directamente.

Y, aunque me costó muchísimo, lo logré. Conseguí que un hombre mayor del llamado "barrio toba" de la ciudad de Presidencia Roque Sáenz Peña, en la provincia del Chaco, consintiera en charlar conmigo y en compartir algunas narraciones de su gente.

Cuando me senté ante aquel anciano, me pareció que iba a poder aprender o averiguar más bien poco de una persona tan medida en sus palabras, tan lenta en su pronunciación. Preconceptos que uno carga sin saberlo: la verborrea como sinónimo de abundante información, de sabiduría. Aquel hombre comenzó a hablar en un castellano teñido de acentos viejos, con algunas consonantes muy guturales y algunas vocales muy cerradas. Sus primeras palabras —que aún hoy recuerdo textualmente, y que desde entonces vengo repitiendo en prácticamente todas las conferencias que he dado sobre este tema— fueron "Al principio no había luz, todo estaba oscuro...". Tardé en darme cuenta de que me hablaba del origen del Universo.

Era noche temprana cuando comenzó su historia, entre mate y mate. Ya había salido el sol cuando me contaba la masacre de Napalpí, ocurrida en 1924. A lo largo de su relato había incluido el origen del mundo y el de su pueblo, leyendas de animales y plantas, el ciclo completo de cuentos del pícaro zorro *waxayaqa'lachigi*, la llegada de los españoles y de los soldados argentinos, las guerras con el Paraguay, su propia historia personal y la de los lugares en los que vivió.

Para cuando terminó, a media mañana, luego de varias rondas de mate amargo calentado en una enorme tetera a las brasas de un fuego débil, yo ya había abandonado la pretensión de intentar recordar —mucho menos de grabar— aquel prodigioso torrente de memoria.

Al marcharme de aquel ranchito de paredes de palo y techo de chapa, con la boca aún abierta por el estupor y sin poder creer que había sido testigo de tal demostración narrativa, los nietos cuarentones de aquel hombre se asombraron de mi paciencia al escuchar al anciano, algo que ya nadie quería hacer, ni en la comunidad ni dentro de la propia familia.

Volviendo a casa a través de las calles lodosas del "barrio toba" bajo una persistente llovizna, con los ojos enrojecidos, me asaltó una triste convicción: cuando aquel hombre muriera se iba a perder la memoria colectiva y social de un pueblo, de una cultura, de un grupo... Pero también se perdería la historia de una familia, de individuos que quizás pasaron por el mundo sin dejar más huella que aquella: un relato o una anécdota que los nombrara. En realidad, desaparecería una biblioteca gigantesca. Pensé en mi propia historia personal, hecha de anécdotas biográficas de inmigrantes italianos de quienes sabía poco porque nunca había prestado atención a las narraciones caseras en las cuáles se incluían sus correrías. Y, ya empapado y embarrado bajo la densa lluvia chaqueña, entendí que aquello de la oralidad era todo un milagro que debía ser protegido.

Poco después de mi encuentro con aquel memorioso abuelo Qom supe que se había marchado para siempre, y que, como yo había intuido en mi caminata de vuelta a casa, se había llevado consigo sus historias. Nadie recordaba mucho de lo que solía contar a la luz de la lumbre, mientras cebaba unos mates amargos. Ni siquiera yo.

## **Parte 2. El poder de una biblioteca**

Tantos construyendo cerrojos  
y tan pocos buscando llaves.

Alberto García Teresa. *Río congelado*, 2013.

La oralidad no es un patrimonio exclusivamente indígena: todos los grupos humanos, no importa lo "modernos" y urbanos que sean, mantienen cierta tradición oral. A través de ella rescatan del pasado fragmentos diminutos de acontecimientos ya desvaídos y, diciéndolos, los reviven por un instante. Son cuentos, cantos, adivinanzas,

chistes, recetas, curas, vivencias y muchas piezas de ese mosaico infinito, maravilloso y complejo que es nuestra memoria, nuestra identidad y nuestra diversidad. Un mosaico en cuya recuperación, conservación y divulgación la biblioteca debería jugar un rol esencial.

Sin embargo, el papel de la biblioteca no tendría que ceñirse solo a eso, a ser una plataforma en donde rescatar sonidos y saberes como los que pronunciaba mi viejo amigo narrador del "barrio toba". Una biblioteca es una institución poderosísima, y eso fue algo que entendí mucho antes de pisar un aula de la facultad en donde estudié bibliotecología: lo entendí viviendo en sociedades con tantas desigualdades como la del Chaco. Allí entreví que una biblioteca, bien organizada y con objetivos claros, podría convertirse en un sostén al que aquellas personas en situación de vulnerabilidad pudieran asirse para intentar salir del pozo al que habían sido arrojadas por conciudadanos con poca conciencia o ningún valor humano. De todos es sabido que la información es poder, y la biblioteca es su principal gestora: podría proporcionar una ayuda inestimable, apoyando educación y capacitación, colaborando con procesos sociales, proporcionando datos puntuales para resolver problemas urgentes... Podría, incluso, ser el motor de ciertos cambios de actitud y de pensamiento. O, yendo más allá, un instrumento de cambio social.

\* \* \*

¿Puede en realidad una biblioteca llegar a convertirse en una herramienta para el cambio social? Puede, sin duda, y me animaría a decir que debe, sobre todo en ciertos contextos. Hay un buen número de experiencias que lo demuestran, y muchas de ellas han tenido lugar en estas tierras abrazadas por cuatro horizontes que nosotros llamamos Abya Yala. Experiencias que se han dado sobre todo en lugares en donde han sido o son más fuertes el racismo, el clasismo, la xenofobia, la violencia de género, los abusos, las desventajas sociales y económicas, la manipulación política, los excesos de las fuerzas de seguridad del Estado, los robos y saqueos, el olvido, la discriminación y la presión cultural. Como lo eran en aquellas tierras chaqueñas en donde yo mismo empecé mi andadura.

Y esas experiencias se han dado porque hay bibliotecarias y bibliotecarios que han vislumbrado el importante y a veces determinante papel que puede jugar una biblioteca. En especial una biblioteca pública, una institución que tiene la obligación de servir a todos sin distinciones ni barreras de ningún tipo. O, al menos, eso señala el Manifiesto sobre bibliotecas públicas que la IFLA y la UNESCO elaboraron allá por 1994.

Conscientes de la importancia de la biblioteca y del rol fundamental que puede desempeñar, bibliotecarias y bibliotecarios aprovechan todas las oportunidades que tienen a su alcance —y las que no tienen también— para crear espacios con libros, rincones de lectura, lugares de cantos y cuentos, talleres cartoneros, o lo que sea que permita que la gente descubra los saberes viejos y nuevos, se enganche a la información y la utilice activamente para seguir andando, se asome a las muchas puertas que abren los nuevos conocimientos y atraviesen algunas de ellas. Y lo hacen porque han descubierto a través de la práctica que toda biblioteca puede ser, en efecto, una llave para algunos cerrojos, una herramienta para el cambio.

Es más: la biblioteca puede fomentar *determinados* tipos de cambio: en particular, aquellos que la ciudadanía más necesite. Un espacio bibliotecario también se construye a sí mismo y en el seno de una comunidad indígena puede actuar como un entorno "pasivo", en el cual los participantes interactúen con saberes genéricos, o bien identificar los problemas más acuciantes y las necesidades más perentorias de ese grupo y proporcionarle servicios adecuados, hechos a medida, y, sobre todo, información pertinente: por ejemplo, sobre derechos humanos y laborales, contaminación, luchas campesinas y obreras, o conservación y sostenibilidad. El encuentro con el saber se estaría dando de la misma forma que antes, pero se habría puesto un acento suplementario sobre un conjunto de conocimientos y datos particulares que, dadas las circunstancias, resultan de mucha utilidad, y probablemente no pudieran ser obtenidos por los usuarios de otra manera.

Y poco más se precisa para que la biblioteca se transforme en un espacio de reflexión, de discusión, de elaboración de propuestas, e incluso de militancia y, sobre todo, de resistencia.

En su último libro (*On Resistance: A Philosophy of Defiance*, 2013), el filósofo británico Howard Caygill recomienda creer en la resistencia como en una de las únicas formas viables de vivir en el mundo moderno. Los individuos y grupos que resisten se ven a sí mismos posicionados en situaciones injustas o de total desventaja, toman conciencia de su estado y deciden rebelarse y desobedecer. No necesariamente de una forma violenta, por cierto.

La resistencia activa adquiere innumerables formas en el ámbito bibliotecario. En América Latina los ejemplos son numerosos: redes digitales que comparten recursos bibliográficos obtenidos de bases de datos bajo llave; grupos solidarios que reúnen y trasladan libros y revistas de bibliotecas que no los necesitan a otras que sí; bibliotecas que prestan servicios desde domicilios particulares, con la ayuda desinteresada de toda su comunidad; servicios que involucran a todos los actores culturales y sociales

disponibles; actividades de reencuadernación y reparación de libros para que el volumen de la colección no se reduzca; creación de libros "cartoneros" para aumentar esa colección; recaudación de fondos a través de espectáculos artísticos solidarios...

Tan comprometidos y propositivos son algunos de los defensores de estas posiciones y de estas prácticas que se puede hablar de activismo, e incluso de una verdadera militancia.

En el caso de las bibliotecas, y aunque este hecho se reconozca pocas veces como tal, existe activismo y militancia a favor de causas como la difusión de las destrezas y hábitos de lectura y escritura, la alfabetización (tanto tradicional como informacional), el libre acceso a la información y al conocimiento, la ausencia de censura, el ocio vinculado a la cultura propia y a la universal, el fortalecimiento de identidades a través de la cultura, la eliminación de estereotipos y discriminaciones, y un "etcétera" demasiado largo y demasiado rico como para resumirlo aquí.

Tanto la resistencia como el activismo y la militancia giran en torno a la idea de compromiso. Compromiso como toma de conciencia de una situación determinada (social, cultural, económica, política), y como voluntad de respetar, defender y hacer cumplir unos valores, unas ideas y unas creencias como la paz, la libertad y los derechos humanos. Un individuo o un grupo, al comprometerse con cualquiera de ellas, se involucran, de una forma o de otra, en transformar la realidad. Y están superando la indiferencia y el individualismo, y luchando por una sociedad y un mundo más justos.

Y con su querer mudar las cosas e intentarlo con sus actos, en solitario o colectivamente, están haciendo política. Porque todo lo que acabo de mencionar no es otra cosa. Gente —bibliotecarios, lectores, aprendices y maestros— arrimando el hombro, caminando juntos, apuntalando futuros, y poniéndole cimientos a los sueños de toda una sociedad. Gente organizándose, cuidándose unos a otros, defendiendo sus derechos. Gente participando, deliberando, decidiendo. Es una de las definiciones de diccionario de "política": "actividad del ciudadano cuando interviene en los asuntos públicos con su opinión, con su voto, o de cualquier otro modo".

En resumidas cuentas, la biblioteca puede ser un espacio abierto y diverso de debate y construcción comunitaria, que apoye el desarrollo y la identidad local y promueva el pensamiento crítico desde una clara perspectiva política, buscando que las comunidades se empoderen, refuercen el tejido social y generen sus propios procesos socio-culturales, participen en otros procesos paralelos, aborden sus propios problemas, y encuentren sus propias soluciones desde un marco local y regional.

Con muchas de estas ideas en mi mochila y siempre inspirado por el encuentro con aquel viejo narrador indígena y por su entorno, el joven bibliotecario que una vez fui decidió desarrollar la idea que le rondaba la cabeza desde aquellas primeras incursiones en la tradición oral de los Qom del Chaco argentino: el desarrollo de servicios bibliotecarios para pueblos originarios. Concretamente, para las comunidades Qom por las que yo había andado tanto tiempo deambulando y aprendiendo a mirar y a entender.

### **Parte 3. Servicios bibliotecarios y pueblos indígenas**

No pretendemos ver el cambio.  
Solo haber dejado algo  
sobre el camino andado que pasó.

León Gieco. *El desembarco*, 2011.

Todavía no me había recibido de bibliotecólogo —era un estudiante buscando tema para mi tesis— cuando me planteé la idea de trabajar en el diseño y desarrollo de servicios bibliotecarios para responder expresamente a las necesidades de usuarios pertenecientes a sociedades indígenas.

Y entonces me encontré con una sorpresa.

(En realidad me encontré con varias, incluyendo que, después de varios años trabajando con comunidades indígenas, algunos de mis prejuicios, ignorancias y estereotipos más resistentes aún seguían allí).

La literatura académica disponible en castellano respecto a aquel tema era casi tan reducida como, lamentablemente, lo sigue siendo en la actualidad (sobre todo si se tienen en cuenta los muchos años transcurridos desde que los bibliotecarios latinoamericanos empezamos a hablar de este asunto). Eso significaba que, si iba a trabajar en aquel campo, iba a entrar en una suerte de *terra incognita*, poco o nada explorada por otros bibliotecarios.

En aquel entonces —y hablo de finales de los 90' y principios de los 2000— la información se limitaba a publicaciones esporádicas de un puñado de colegas de México, Perú, Chile o Brasil, basadas sobre todo en los resultados de sus propios trabajos; unas publicaciones que, para bien o para mal, continúan siendo referencias de obligada consulta en este campo.

El concepto de "bibliotecas indígenas" —que era como solíamos expresar entonces la idea de "servicios bibliotecarios para pueblos originarios"— era un gran desconocido en las arenas bibliotecológicas hispanohablantes. Y cuando era planteado, parecía ser una quijotada utópica; tanto, que muchos de mis docentes universitarios de aquella época mostraron sin pudor su absoluta sorpresa cuando oyeron mi propuesta de trabajar en eso, y se apresuraron a recomendarme, bondadosamente, otras áreas de estudio mejor retribuidas o, por lo menos, con un futuro algo más promisorio.

Una de las más tempranas revisiones bibliográficas —si no la primera— sobre la literatura publicada sobre "bibliotecas indígenas" fue realizada por la mexicana Rocío Graniel Parra en 1999. Graniel Parra ya llevaba unos años trabajando con la idea en México y descubrió que existían experiencias similares —pequeñas, experimentales— en distintos rincones de América Latina. El argentino Daniel Canosa realizó una actualización bibliográfica de esas experiencias en el 2005, cuando ya los que trabajábamos en la temática éramos algunos más. Para entonces, ya existían otros documentos que podían guiar nuestra labor. Entre ellos destacaban las Actas del Encuentro Latinoamericano sobre la Atención Bibliotecaria en Comunidades Indígenas (editadas por la propia Graniel Parra en México en 2001); la Memoria del Segundo Congreso Nacional de Bibliotecas Públicas de México (que publicó CONACULTA en 2002); las Actas del Segundo Encuentro Internacional sobre Bibliotecas Públicas (de 2003, que incluían un puñado de textos sobre servicios a poblaciones indígenas); y las memorias del Seminario de IFLA/LAC "Acceso a los servicios bibliotecarios y de información en los pueblos indígenas de América Latina" (Lima, 2003), muy similar al documento de Graniel Parra de 1999 y con cierto énfasis en el ámbito peruano.

Además de estas actas y textos normativos, fueron apareciendo artículos (casi a cuentagotas) abordando distintos aspectos de la temática, a veces de forma puntual y sin mayor continuidad. La autora más prolífica fue en principio la propia Graniel Parra. Siguieron su estela César Castro Aliaga y Mino Castro en Perú, trabajando con sociedades como la Asháninka, junto con Alfredo Mires y su emblemático proyecto de Bibliotecas Rurales de Cajamarca (probablemente el más antiguo y de mayor alcance en todo el continente), y Robert Gamboa con su labor entre los mayas del Yucatán, en México. En Brasil destacó José Bessa Freire y su seguimiento de la famosa Biblioteca Magüta, entre otras; en Chile trabajó Fresia Catrilaf, en la Araucanía; y en Bolivia se plantearon buenos ejemplos de trabajo en las tierras bajas del oriente, liderados por organizaciones campesinas. En Colombia, Ivonne Gómez Ruiz recogió la experiencia de las bibliotecas en territorio Wayuu (2001), mientras se hablaba de la biblioteca de Guanacas, y corrían rumores sobre unidades abriendo sus puertas en la Sierra Nevada.

Uno de los problemas que se hicieron evidentes en aquella época fue la pobre sistematización y la escasa divulgación de muchas experiencias bibliotecarias (y no solo con servicios bibliotecarios para pueblos indígenas). De la gran mayoría existía apenas una entrada de blog, una mención en alguna de las tempranas redes sociales o, con mucha suerte, una conferencia o un artículo. Algunas se iban conociendo gracias al boca a boca de la comunidad bibliotecaria, y para saber de otras había que desplazarse a los lugares en donde los trabajos se estaban desarrollando, pues sus artífices no tenían ninguna intención de escribir sobre ellas, o simplemente no hubieran sabido cómo hacerlo.

Por entonces, en aquellos textos que sí circulaban se esbozaron y presentaron varias ideas interesantes. Destacaban las que relacionaban biblioteca con educación intercultural bilingüe, y los proyectos de lectura para apoyar la recuperación y la difusión de lenguas en peligro. Asimismo, algunos autores exploraron distintas formas de hacer llegar libros y otros materiales a las comunidades indígenas rurales o más aisladas: destacaron el bibliobús de la Araucanía chilena, los barcos de la Amazonia peruana, y las lanchas y bongos del Orinoco, en Venezuela.

Los que teníamos la suerte de leer en inglés pudimos acceder a los fantásticos trabajos sobre servicios para poblaciones aborígenes y nativas realizados en Australia, Nueva Zelanda, Canadá y Estados Unidos. Allí se trabajaba con sistemas de clasificación y encabezamientos de materia respetuosos con las cosmovisiones y los valores de los usuarios, y en sus propias lenguas (por ejemplo, el maorí); con códigos de ética para el manejo de materiales culturales sensibles; con programas de alfabetización y lecto-escritura, y de recolección de historia oral. Aquellas páginas eran inspiradoras, a pesar de que contenían algunas ideas muy discutibles, y el propio concepto de "biblioteca" mantenía un eurocentrismo que parecía serle intrínseco.

A principios del milenio yo comencé a trabajar en el desarrollo de un modelo teórico de biblioteca para pueblos originarios, como parte de mi tesis de licenciatura en bibliotecología y documentación por la Universidad Nacional de Córdoba. Cometí el enorme error de elaborar una investigación puramente bibliográfica, sin pisar el terreno ni escuchar otras voces más que las impresas, hasta que el primer borrador de mi trabajo académico —un manuscrito de más de 500 páginas— estuvo terminado. Cuando eso ocurrió volví al "barrio toba" de Sáenz Peña a anunciar (cual misionero portando la salvación para aquellas pobres almas perdidas) que les llevaba la biblioteca. En la burbuja personal en la que yo vivía, aquel anuncio, pensaba yo, no podía sino ser recibido con vítores y los brazos abiertos.

No lo fue. Por toda respuesta obtuve un "¿Y para qué queremos una biblioteca?" que hizo estallar mi burbuja, me dio un terrible y muy necesario baño de realidad, y me puso en mi lugar. Me colocó frente al espejo para poder apreciar mi enorme arrogancia, mi falta de respeto, y una larga lista de otras falencias. Recuerdo claramente el momento en el que arrojé el manuscrito de mi tesis a la basura, y cómo barrí muchos de mis prejuicios, absolutamente hecho trizas. También recuerdo el momento en el que me acerqué nuevamente a la comunidad Qom de Sáenz Peña a preguntar cuáles eran sus necesidades y de qué manera una biblioteca (o, al menos, lo que yo sabía entonces de bibliotecas) podía servirles. Resultó que la comunidad tenía una serie de problemas serios —en especial una alarmante pérdida del uso de la lengua y de los contenidos transmitidos oralmente— y mi *know-how* podía serles de utilidad.

Aprendí una lección inolvidable, tuve mi cura de humildad, y cargué en mi mochila un elemento que intenté no dejar atrás jamás: una perspectiva de desarrollo de base. El contar con la opinión y la participación directa y activa de los involucrados en un proyecto antes de emprenderlo.

Partiendo de ahí, desarrollé pequeñas bibliotecas sonoras, hechas de casetes en los que grababa tradición oral. Recobraba así una de mis intenciones originales al visitar Chaco. Las cintas se utilizaron en la escuela, para apoyar algunos de los primeros programas de educación intercultural bilingüe que funcionaron en Argentina. De esa experiencia inicial surgieron otras, incluyendo la creación de pequeños "libros" escolares, la difusión de información biomédica, la recolección de tradiciones familiares, el uso de juegos tradicionales para recuperar y transmitir conocimientos...

Comprobé que la biblioteca tenía, en efecto, la posibilidad de canalizar un cambio social. Una de las evidencias de esa posibilidad de cambio fue que mi trabajo comenzó a incomodar a los que detentaban el poder (o al menos cierto poder) en aquel rincón de mi país. Y enseguida llegaron las advertencias: de políticos de bajo rango, de algunos actores sociales, de misioneros evangelistas, todas ellas personas que veían que su *statu quo* y su posición ventajosa se resquebrajaban si las comunidades originarias adquirían conocimientos, herramientas para solucionar algunos problemas, instrumentos de cambio...

Cuando comencé un taller de alfabetización lecto-escritora y, para las prácticas, usé los contratos temporales de los obreros Qom y los textos legales que demostraban que esos contratos eran absolutamente ilegales, el vaso rebosó. Recibí la visita de un matón a sueldo que me apuntó una pistola y me invitó a desaparecer si no quería terminar en una zanja, con un plomo en la cabeza, una amenaza que en aquellos

horizontes solía ser cumplida a rajatabla. Fue entonces cuando decidí abandonar mi trabajo de campo y buscar otros senderos que caminar y otros espacios desde los que luchar. Resulta innecesario señalar que la labor que estaba llevando a cabo junto con la comunidad quedó paralizada y terminó borrada de aquel lugar en el centro del Chaco argentino, y que las ideas que allí planteamos tardarían unos cuantos años en volver.

Esto ocurrió hacia mediados de los 2000. Para entonces las referencias bibliográficas latinoamericanas sobre este tipo de servicios bibliotecarios se "multiplicaron" (dentro de la pequeña escala que siempre mantuvo el tema), pero al mismo tiempo los proyectos que daban origen a artículos, conferencias y entradas de blog parecían atomizarse. Se hablaba mucho de "bibliotecas indígenas", pero parecía que se hacía muy poco, que todo era muy pequeño, y que todo tenía una duración demasiado breve. Excepto las Bibliotecas Rurales de Cajamarca, el resto de proyectos que habían servido de referencia hasta entonces parecían haberse disuelto o, al menos, haber perdido toda o buena parte de su visibilidad. De muchas de ellas no se volvió a saber nada, y solo a través de contactos personales o de visitas directas era posible constatar su desaparición: por falta de fondos, por desinterés, por oposición, por cansancio...

Desde 2010 se han ido dando en toda América Latina pequeñas experiencias bibliotecarias vinculadas, de una u otra forma, a los pueblos originarios, a veces como parte de investigaciones universitarias o tesis académicas. Dado que uno de los límites más claros de la labor bibliotecaria viene marcado por la financiación, tales experiencias suelen explorar aspectos concretos en periodos de tiempo cortos. Aún así, y a pesar de que la pobre sistematización y divulgación de las experiencias continúa, hoy como ayer, siendo una constante, las dispersas noticias de esos emprendimientos señalan que todavía existe interés por trabajar en el tema. Ese tema tan utópico y quijotesco.

En realidad, la idea no es novedosa en absoluto, y mucho menos quijotesca, exótica o romántica (habría mucho para decir sobre estas etiquetas y los motivos de su uso en este caso). Se trata de una mera expresión del más básico sentido común bibliotecario: si una biblioteca —sobre todo una biblioteca pública o alguna de sus variantes— está destinada a satisfacer las necesidades de información de *todos* sus usuarios, y si entre esos usuarios se encuentran personas pertenecientes a grupos sociales, étnicos o lingüísticos particulares (en este caso, indígenas, cualquiera sea la debatida formulación o definición de esa categoría), la conclusión resultante es un silogismo más que evidente: la biblioteca debe satisfacer las necesidades de información de esos usuarios indígenas. Para hacerlo, sigue dictando el sentido común profesional, se deben identificar y estudiar tales necesidades (tal y como se hace con cualquier otra categoría de usuario) y encontrar la forma más adecuada de responder a ellas:

tomando en consideración los rasgos culturales básicos de los destinatarios, su situación social, sus intereses, su lengua, su historia...

Ocurre que nada es tan sencillo como parece.

#### **Parte 4. Eternos problemas pendientes**

¿Cómo es que sabemos tan poco teniendo tanta información?

Noam Chomsky. *Knowledge of Language*, 1986.

Probablemente uno de los principales problemas a los que se enfrenta cualquier proyecto de servicio bibliotecario orientado a satisfacer las necesidades de una población indígena o "minoritaria" (aunque aquí se debería hablar de "minorizada") es que la propia biblioteca y todos sus conceptos y técnicas asociadas son, en su mayoría, eurocéntricas. Y este hecho no siempre es reconocido, mucho menos debatido.

La biblioteca contemporánea fundamenta su trabajo en un modelo de origen europeo. Uno que, por otro lado, siempre favoreció al vencedor, al relato dominante, al género/sexo "fuerte" y a la clase superior y que, en muchos casos, continúa haciéndolo. A ello se suma que el paradigma bibliotecario, por defecto, tiene sus cimientos en el formato escrito, siendo la escritura un sistema que, a su vez, también ha favorecido históricamente a determinados grupos: aquellos que manejaban las destrezas literatas y las lenguas oficiales.

Tanto la escritura como la biblioteca más "tradicional" jerarquizan los saberes: unos, por distintos motivos y criterios, merecen ser conservados, en tanto que el resto son potencialmente descartables. De esta forma se perpetúa una voz y una mirada hegemónicas (occidental, masculina, blanca, rica, "cultura", escrita, en idiomas oficiales/dominantes) y se refuerza la estratificación dentro de la producción del conocimiento (autores académicos o "célebres/reconocidos" por encima del resto).

Se trata de un sistema de legitimación de saberes "oficiales", "correctos" y de exclusión, negación, silenciamiento o invisibilización de saberes "otros".

La bibliotecología como disciplina que se ocupa de las bibliotecas padece las mismas falencias, los mismos sesgos, las mismas brechas... Utiliza categorías y metodología de trabajo diseñadas para mantener y perpetuar un modelo determinado, y carece de muchos elementos que faciliten la inclusión de la diversidad socio-cultural humana

(*toda* la diversidad), por no hablar de mecanismos de evaluación crítica, de valoración cultural o de consideración ética. Aquellas culturas, aquellos formatos y aquellos códigos que no sean los "dominantes" suelen ser tratados como "especiales": rarezas y excepciones a la regla que merecen un análisis aparte. Análisis que no suele conducir demasiado lejos, y que suele emplearse para aislar, ningunear y silenciar aún más lo analizado.

Por otro lado, el propio trabajo con el concepto "indígena" es aún un tema espinoso. Cuando en América Latina hablamos de "indígenas" (una etiqueta originalmente colocada desde el exterior, por cierto) solemos referirnos —y quizás no seamos totalmente conscientes de ello— a aquellos pueblos que vivieron en un lugar en/desde el principio, *antes* de que sus territorios fuesen ocupados y dominados por alguien. Generalmente estamos hablando de los sobrevivientes de conquistas y ocupaciones llevadas a cabo por todo tipo de potencias imperiales y coloniales (y sus herederos) en algún punto del pasado, pero especialmente durante los últimos cinco siglos. Y al hacer esto, estamos definiendo grupos sociales enteros en base a uno o varios genocidios, y a una larga historia de agresiones, presiones, negaciones y ataques. Quizás —solo quizás— no sea la manera más adecuada de realizar semejante definición (si es que hay necesidad de definir, lo cual aún está en discusión).

Las definiciones internacionales del término "indígena", por su parte, son algo confusas y han ido variando con el tiempo, lo cual no ayuda demasiado a aclarar la situación. Los vocablos, además, cambian cada tanto su corrección política: hoy la palabra adecuada es "nativo", mañana es "originario" y pasado, "indígena". Todos ellos han estado sujetos al odio de los discriminadores, todos ellos tienen sesgos internos, y todos ellos se encuentran bajo un eterno escrutinio. Para terminar de complicar el panorama, algunos grupos utilizan con orgullo palabras como "indio", completamente desautorizadas por otros.

Los problemas se multiplican por la enorme cantidad de preconceptos, prejuicios, estereotipos, desconocimientos e ignorancias que existen en torno a la cultura, la situación o las necesidades de las distintas sociedades indígenas, particularmente en América Latina. Muchos proyectos de trabajo con pueblos originarios se concentran en el rescate de su cultura tradicional —vista a veces como algo exótico— y obvian sus necesidades de información, esas que les son urgentes para vivir en el mundo globalizado actual, interactuando con sociedades capitalistas, consumistas y mayoritariamente urbanas, y luchando contra el enorme caudal de presiones y conflictos al que se ven sometidos de forma casi sistemática. Otros hacen demasiado hincapié en iconografías y arquitecturas "típicas", es decir, en la forma del contenedor, y no se molestan demasiado por los contenidos, o por los muchos inconvenientes que

estos últimos presentan: por ejemplo, la notable pobreza de oferta editorial en lenguas indígenas en buena parte de los países de nuestra región.

El saqueo cultural continúa siendo una constante, y representa un enorme problema. Muchas actividades bibliotecarias o asociadas han "usado" a las comunidades indígenas —para la elaboración de tesis universitarias, por ejemplo— y han devuelto poco o nada. Esto erosiona la confianza y la paciencia de los "observados" y cierra numerosas puertas y voluntades.

Yendo un paso más allá, es preciso replantearse el propio término "bibliotecas indígenas", que yo mismo utilicé profusamente en mis textos de la década pasada. La expresión mantiene al "indígena" en la ya habitual posición de "el Otro" (especial, distinto, aislado, un tanto exótico) y remarca que necesita una unidad de información propia cuando la realidad es que la biblioteca —sobre todo la pública— debe servir a todos, indígenas y no-indígenas, por igual e integradamente, sin realizar distinciones, marcar diferencias ni agregar calificativos innecesarios, y fomentando la interacción y el reconocimiento entre distintos sectores y grupos sociales. Personalmente, y siguiendo cierta tónica internacional, me he decantado por hablar de "servicios bibliotecarios para comunidades indígenas": colectivos de usuarios hoy por hoy bastante heterogéneos, pero que comparten un conjunto de características comunes y de problemáticas básicas que han sido y todavía son constantemente ignoradas y desatendidas.

Por otro lado, resulta urgente descartar y rechazar cualquier abordaje que incluya o perpetúe la falsa aura de unicidad, romanticismo, victimismo y exotismo con la que se ha rodeado a los pueblos originarios y "minoritarios" del mundo: un aura que también los ha mantenido en la posición de "el Otro", observados con curiosidad etnográfica a veces, con un poco de lástima o misericordia otras, y casi siempre con rechazo, como algo ajeno, externo y lejano.

Esta enumeración de contradicciones e incertezas está incompleta; de hecho, sería recomendable realizar un trabajo de investigación que las identifique de forma clara y comprensiva. Son muchos los inconvenientes, muchas las facetas y las aristas, muy conflictivas algunas discusiones, muy poblados de espinas algunos senderos... Semejantes dificultades pueden desanimar a abordar esta temática. No deberían. Hay mucho por discutir, por investigar, por recolectar e identificar, por aprender, por entender, por construir, por de-construir...

Hay muchos caminos para andar, muchos horizontes por alcanzar. Y es esencial transitar los primeros para aproximarnos a los segundos.

## Parte 5. Algunos caminos a futuro

Estamos en derrota, nunca en doma.

Claudio Rodríguez. *Lo que no es sueño*, 1965.

Veinte años después de dar los primeros pasos por la senda que me ha traído hasta aquí, creo que la necesidad de seguir trabajando y discutir sobre los servicios bibliotecarios desarrollados en áreas con poblaciones indígenas o "minoritarias" continúa siendo igual de apremiante e igual de importante. Y también que sigue siendo igual de soslayada, olvidada o ninguneada.

Si bien en América Latina los movimientos y procesos sociales y políticos de los últimos años han colocado a las sociedades indígenas y "minoritarias" y a sus reclamos en un supuesto primer plano, y las nuevas tecnologías de la información —especialmente las redes sociales— han servido para darle una relativa visibilidad a sus problemas, en la realidad las cosas no han cambiado demasiado: siguen sin tener demasiada presencia en el relato político, el discurso de los medios y los papeles de las ONGs y los organismos internacionales. Continúan vigentes la pobreza, el abandono, el olvido, el racismo, la explotación, la desnutrición infantil, las epidemias, la violencia e incluso el asesinato. Continúan la discriminación, la negación, la presión cultural, educativa y religiosa, el despojo de tierras y recursos, y la sistemática violación de derechos humanos y constitucionales. Siguen vivos los viejos problemas de siempre, quizás con formas nuevas, pero con los mismos contenidos.

Extensas áreas de trabajo relacionadas con los servicios bibliotecarios para pueblos indígenas siguen sin ser abordadas, y otras lo han sido, pero de manera muy pobre y superficial. De hecho, tras tres décadas de proyectos y acciones varias, todavía no se ha definido un marco teórico básico, sólido y válido para estas prácticas desde una perspectiva interdisciplinar e intercultural, por no hablar de un sistema de técnicas y métodos de trabajo pertinentes.

(A decir verdad, numerosos campos de la bibliotecología más avanzada y menos "minoritaria y exótica" también carecen tanto del uno como del otro).

Existen numerosos temas de investigación que no han sido siquiera identificados adecuadamente, mucho menos abordados. Son muchas las ideas que se han mezclado y, en ocasiones, confundido. Y todavía se sigue trabajando desde una perspectiva mayormente eurocéntrica (incluso desde instancias propiamente indígenas) sin que se hayan realizado estudios serios sobre el tema ni se hayan tomado medidas al respecto.

Es preciso analizar, revisar y actualizar el papel que la bibliotecología como disciplina y la biblioteca como institución pueden jugar en la documentación, el mantenimiento y la divulgación de las lenguas, tradiciones (orales y escritas) y expresiones culturales indígenas y "minoritarias".

Asimismo, es necesario abordar los problemas que los pueblos originarios y "minoritarios" encuentran a la hora de recibir servicios bibliotecarios ajustados a sus necesidades y realidades, de acceder a información "externa", o de publicar y divulgar (sin intermediarios) el conocimiento propio en plural. Y es preciso hacerlo con una visión descolonizadora.

Debe ponerse énfasis en el desarrollo de herramientas, técnicas, guías y estrategias que permitan a cualquier unidad de información responder de forma adecuada a las necesidades de usuarios indígenas o "minoritarios", y servir de espacio de (re)conocimiento, encuentro y diálogo para diferentes culturas e identidades.

Por otro lado, como queda señalado, es menester definir marcos teóricos interdisciplinarios e interculturales, que combinen bibliotecología, antropología, lingüística, sociología y educación, entre otras, y que establezcan un abanico amplio de categorías y conceptos a elegir a la hora de abordar cualquier proyecto relacionado con servicios bibliotecarios para poblaciones indígenas.

Es urgente diseñar estudios de usuarios y programas de formación de usuarios de bibliotecas que respondan a las realidades de los pueblos indígenas, y elaborar políticas que, desde una perspectiva de desarrollo de base, identifiquen necesidades y permitan la generación de respuestas.

Sería interesante considerar la posibilidad de crear plataformas desde las cuales se recojan las distintas experiencias relacionadas con servicios bibliotecarios y pueblos indígenas en todo el continente. Por un lado, para darles visibilidad a muchos proyectos e historias que, de otra manera, pasan desapercibidas, lo cual, en la práctica, equivale a decir que son invisibles o inexistentes. Por el otro, porque permitiría la retroalimentación entre proyectos, el aprendizaje mutuo, la detección de errores y problemas, la identificación de oportunidades y asuntos pendientes, y la continuidad de líneas de investigación y acción.

Y es sumamente importante recordar que todas estas acciones no tienen sentido si no se realizan con un compromiso socio-cultural activo, crítico y solidario. Poniendo en primer lugar la responsabilidad social de la biblioteca —en especial de la pública— y su

capacidad para apoyar procesos culturales y políticos, tanto a nivel local como regional y nacional.

\* \* \*

Mi camino me llevó al "Viejo Mundo", a España. Además de seguir desarrollando mis ideas sobre el rol político y social de las bibliotecas, en aquel país pasé años descubriendo a sociedades locales que, como las indígenas de mi continente natal, llevan soportando siglos de abusos, presiones y silenciamientos. No importa que sean los viejos campesinos de la alta montaña de León y sus descendientes, que ya casi ni hablan la *llingua llionesa*, o sus vecinos de Galicia o de Asturias, que tienen muchas características culturales similares a las de los pueblos quechuas de los Andes: allí también hay repertorios orales que se pierden, lenguas en peligro de desaparición, viejos narradores que se llevan consigo bibliotecas enteras cuando mueren...

Volví a revisar los estereotipos y preconceptos que aún quedaban en mi cabeza. Y seguí aprendiendo de los viejos contadores y de aquellos que mantienen vivas otras culturas a pesar de todo. Y maravillándome por la riqueza de nuestro patrimonio cultural como especie, y por nuestra enorme capacidad para descuidarlo, para ignorarlo e incluso para destruirlo. O para rescatarlo y protegerlo, cuando finalmente comprendemos su valor. Lo cual, a veces, sucede demasiado tarde.

Espero que no sea demasiado tarde para los saberes de nuestra Abya Yala. Confío que en años venideros seamos testigos de la aparición de sólidas redes de archivos orales, bibliotecas sonoras y móviles, rincones educativos, servicios bibliotecarios populares y comunitarios, y espacios físicos y digitales de recuperación, organización y difusión de conocimiento tradicional indígena. Conocimiento como el de mi viejo amigo, el narrador Qom de Sáenz Peña.

Espacios (y proyectos) transculturales, abiertos, públicos, integradores, libres de prejuicios o con ellos bien embridados, que sumen y que multipliquen. Y, la vez, que sean críticos, y que aprovechen lo mejor de la biblioteca, incluyendo su poder de cambio social y su capacidad de transformación política.

Y que estén liderados y gestionados por los propios colectivos originarios y sus profesionales, que al fin y al cabo son los principales protagonistas de esta historia. O, al menos, deberían serlo.

Porque nuestro futuro lo hacemos o nos lo hacen.

### **Bibliografía básica del autor**

[Incluye buena parte de la bibliografía internacional sobre esta temática publicada hasta 2008]

Civallero, Edgardo (2004). *Bibliotecas indígenas: Un modelo teórico aplicable en comunidades aborígenes argentinas* (Tesis de licenciatura). Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina. [En línea]. <https://www.aacademica.org/edgardo.civallero/118.pdf>

Civallero, Edgardo (2007). *Bibliotecas en comunidades indígenas: Guía de acción y reflexión*. Córdoba (Argentina): Wayrachaki editora. [En línea]. <https://www.aacademica.org/edgardo.civallero/18.pdf>

Civallero, Edgardo (2007). Bibliotecas indígenas en América Latina. Revisión bibliográfica y estado actual de la cuestión. *Bibliodocencia*, (19) 14-28. [En línea]. <https://www.aacademica.org/edgardo.civallero/9.pdf>

Civallero, Edgardo (2007). *Bibliotecas indígenas: Revisión bibliográfica y estado actual de la cuestión a nivel internacional*. Córdoba (Argentina): Wayrachaki editora. [En línea]. <https://www.aacademica.org/edgardo.civallero/19.pdf>

Civallero, Edgardo (2008). *Bibliotecas indígenas en América Latina: Revisión bibliográfica y estado actual de la cuestión*. Córdoba (Argentina): Wayrachaki editora. [En línea]. <https://www.aacademica.org/edgardo.civallero/10.pdf>

Civallero, Edgardo (2008). *Bibliotecas indígenas en Oceanía: Revisión bibliográfica y estado actual de la cuestión*. Córdoba (Argentina): Wayrachaki editora. [En línea]. <https://www.aacademica.org/edgardo.civallero/14.pdf>